



Evaganzas



Sobre la pared de fuego en Cuicacalli

Imposible describir el infierno colectivo si uno no lo ha visitado alguna vez, y claro, yo aún no lo he hecho, a Dios gracias sean dadas. Pero cada quien tiene su propio infierno privado, íntimo, personal, intransferible, inalienable. Los peores infiernos son, por supuesto, los que se encuentran enquistados en la mente de las personas. Lo malo de todo este lío suele ser que esas personas “condenadas” a sufrir “su infierno particular” pueden extender su influencia “satánica” causando, o creando en cierta medida infiernos colectivos. Pero... ¿Y, que podríamos decir del cielo? el sujeto es tan irreal y fantástico que resulta punto intocable así que, aparte con él. Así como cada quién tiene su idea del mundo, su mundo, también tiene ideas propias sobre inframundo y súper mundo, o sea, cielo e infierno.

Yo no pretendo describir aquí el cielo o el infierno, para eso existe *La Divina Comedia*, la magnum opus del genial Dante Alighieri, sinó recordar mis vivencias en un rincón amable y bello de esta Tierra Mundo, una de las querencias favoritas de mi Yó Mundo en otros tiempos, a la vera de “la pared de fuego”. El juego de sol mañanero con aquel lujo de colores que van del rojo intenso al añil, pasando por varias tonalidades de rosado, amarillo y blanco, (la buganvilla que encanta al esteta Larrea), hace que los ingredientes de la conspiración para engañar a la mente, estén allí logrados en la combinación y dosis perfecta. Es este uno de esos rincones de nuestra diminuta nave hogar, perdida en el universo, donde a uno se le antojaría morir sin sentir el tránsito, sabiendo que el súper mundo debe ser algo semejante a este pequeño mundo en primavera.

Parece ser que el inspirador de la idea de plantar tal variedad de buganvillas en las paredes de este lugar medio incógnito fue Don Niko, un teutón de ojos garzos, con aspiraciones serias a Mexicano a carta cabal, pero con raíces profundamente hincadas en su ancestral Alemania que le imbuyeron un estricto sentido del orden; él es un enamorado de la flora en general, pero principalmente la semi-tropical que abunda en la Ciudad de México; su propio jardín es un prodigio de abigarrada abundancia en sorprendente armonía, donde los pájaros del rumbo encuentran su paraíso. Las realizaciones humanas pueden ser sencillas, pero extraordinarias cuando se aplican con conciencia, consistencia, convencimiento de su utilidad, su calidad, y cuya belleza intrínseca se convierte en belleza extrínseca perceptible al común.

Uno de mis pasatiempos favoritos para las primeras horas de vela nocturna era observar la llegada de los numerosos aviones procedentes del Norte del país, especialmente cuando había luna llena; cruzaban por delante de Selene para perderse en el follaje del monumental pirul que crecía en el vecindario, justo frente a la ventana-observatorio. Ese pirul también era un espectáculo durante el día porque había varios cientos de aves de todo plumaje que construían sus hogares entre su esplendoroso ramaje y la mayoría vivían allí todo el año; la algarabía subía de tono varios grados en la primavera, cuando venían los forrajeros temporales del Sur y se cebaban en las olorosas bayas que el veterano anfitrión gigante ofrecía con prodigalidad.

Por supuesto que no todo es angélico e ideal allí dentro, hay muchos infiernos disfrazados de caras angélicas; por algo dice Doña Sole, la gentil vendedora de joyas y conversadora amena: «casas vemos interiores no sabemos...». Afortunadamente, además de Sole, viven allí dentro multitud de bellas personas que suman amabilidad ilimitada a la belleza del lugar. Está Coco, la competente contadora de Huauchinango, jardinera insigne y gobernadora de la encantadora familia Obregón; está Blanca Estela, gentil matriarca de la casa 26, con hermosa colonia establecida en la lejana Gotenburgo. Estuvo Julio, el cascarrabias con un corazón de oro, y por supuesto Mercedes, excelente cocinera y cálida anfitriona. ¡Claro! está Emma, fiel y entusiasta lectora de Beam. Está la maestra Mariela, excelente tenista y animadora social; y están los señores Córdoba, y más... y está la espléndida luna de octubre y noviembre, sutil animadora del sagrado Ramadán Islámico.